





RABIDA

300 €

alba







ALBUM DE LA FÁBRICA

ALUMNO DE LA ESCUELA



ÁLBUM DE LA RÁBIDA.

---



# ÁLBUM DE LA RÁBIDA.

IMPRESO Á EXPENSAS

DE

SS. AA. RR. LOS SERMOS. SRES. DUQUES DE MONTPENSIER,  
INFANTES DE ESPAÑA.

Se vende á beneficio del Establecimiento que ha de ocupar  
aquel edificio.



SEVILLA.

FRANCISCO ALVAREZ y C.<sup>a</sup> impresores de SS. AA. RR.  
y honorarios de Cámara de S. M.

un  
Universidad  
Internacional  
de Andalucía  
A



## AL QUE LEYERE.

---

Recorriendo los Sermos. Sres. Duques de Montpensier las ciudades principales y los pueblos mas notables de Andalucía, cuidaron de ir al convento de la Rábida. Moviales á verlo el recuerdo de un hombre insigne de nuestra historia: Cristobal Colon. Cuál fuera su extrañeza al pisar los umbrales de aquel edificio, lo comprenderán los pechos generosos que saben sentir. Ruinas y escombros, soledad y abandono, uso indecoroso de los claustros; esto vieron y encontraron.

Desmantelado el templo, derribadas las celdas, destechadas las habitaciones, casi en tierra las paredes principales, aquel recinto podia solo servir de albergue á los animales.

Los muros, que por su robustez aun se soste-

nian, hallábanse tiznados con renglones en que propios y extraños expresaban con amargura los sentimientos que tanta desolacion les sugeria.

«Ruinas del tiempo son:

«Mas que del tiempo, del hombre.»

Esto decia la mas templada de aquellas leyendas: sin rubor no pueden recordarse las otras.

Al asombro de la primera sorpresa sucedieron el dolor y la indignacion: calmadas las pasiones vino el sentimiento reparador. Como Infantes de España no podian SS. AA. consentir aquel oprobio: como españoles, de nacimiento el uno y adoptivo el otro, era preciso buscar remedio: buscáronlo, lo hallaron y lo aplicaron.

La finca era propia del Estado y parece que debia servir para establecimiento público. (1) Ya que por esto no podian SS. AA. adquirirla para sí, y agregar esa joya preciosa á su patrimonio, como hicieron con la casa de Hernan Cortés, era necesario procurar la restauracion y erigir el establecimiento provincial, para evitar que se repitiera el desastre. A todo se recurrió, excitando el celo de las Autoridades y encendiendo el patriotismo de los habitantes de la provincia de Huelva: á todo recurrieron SS. AA. sin perdonar sacrificio, ya fuese personal, ya pecuniario. Y,

(1) Entre las pocas personas celosas de la conservacion de la RÁBIDA, como monumento de las glorias patrias, merece especial recuerdo el Sr. D. Pascual de Campos, quien aprovechó siempre cuantas ocasiones se le ofrecieron de instar á las autoridades y al gobierno, sobre que se reparasen las injurias del tiempo y los estragos de los hombres que amenazaban la completa y vergonzosa ruina de aquel famoso edificio.

preciso es confesarlo, las Autoridades correspondieron á la invitacion: los habitantes dieron bien á entender que habian visto con dolor el abandono de aquel monumento glorioso. La restauracion se ha llevado á cabo, si no con todo el complemento deseable, al ménos con lo que es bastante para que naturales y extranjeros puedan trocar sus sentimientos anteriores en los de ternura y respeto.

En poco tiempo se reparó la Iglesia, gracias á la solidez de sus muros, y desde luego principió la reedificacion del convento. Sin la coincidencia de sucesos extraordinarios que, en sus fuertes sacudimientos, habian de paralizar las obras pertenecientes al público, estaria ya establecido un hospital provincial. Ya que todo no ha sido posible, se ha conseguido lo principal; y dentro de poco será el Monasterio una casa de beneficencia.

Está en uso y abierto á la concurrencia de los fieles el Templo en que Cristobal Colon pedia á Dios que iluminara á los hombres para que lo entendiesen: está reedificada la celda en que moraba el único hombre que supo comprender á Colon, que lo amparó en su desgracia, acogiéndolo y dándole albergue en su misma habitacion, y que le ayudó con tanta eficacia y acierto á coronar la gran empresa de descubrir un nuevo mundo.

El viajero puede ya reposar en el mismo sitio en que viviera Colon mucho tiempo, y hasta sentarse en las gradas mismas en que descansó y adoró la cruz

al pisar por primera vez el territorio castellano ese héroe de las Españas.

En adelante no habrá leyendas de enojosa memoria. En el *Album* colocado allí hay ya himnos de alabanza. A continuacion podrá cada viajero escribir su nombre y expresar los sentimientos que su corazon le dicte.

Para llevar á cabo la restauracion no se han escaseado los medios. De su bolsillo costearon los Príncipes parte de las reparaciones y el adorno de la Iglesia, y el menage de la celda, haciendo pintar á sus expensas y colocar en ella el retrato de Colon, y en la Iglesia cuadros alusivos á sus expediciones. Excitado por ellos el Excmo. Sr. Duque de Veragua, descendiente del célebre descubridor, aprontó la suma de tres mil reales. Ellos mismos visitaron con frecuencia las obras, viniendo desde Sevilla, para que no se entibiara el celo de los encargados ni la ejecucion se dilatase.

En esos viajes han tenido la dulce satisfaccion de verse acompañados por la augusta madre del Sermo. Sr. Duque, y por sus hermanos los Sermos. Sres. Duques de Nemours, que han visitado la Rábida y contribuido tambien con donativos á su restauracion.


El edificio se ha inaugurado solemnemente y como convenia con fiestas religiosas y civiles, que presidieron SS. AA. acompañados de los Sermos. Sres. Duques de Nemours, concurriendo las Autoridades, las personas mas notables de la provincia y la mayor parte de los vecinos de los pueblos cercanos. Los mo-



radores de Huelva, Moguer y Palos vinieron á saludar á los Infantes de España y á sus augustos huéspedes, regocijándose de hacerlo en día tan fausto.

Las musas béticas no podían mostrarse indiferentes á las glorias patrias. Si habían participado de los sentimientos de dolor y enmudecido, ahora asociándose á la comun alegría, han entonado himnos á la memoria del inmortal marino y á tan feliz acontecimiento. Y los Sermos. Sres. Infantes creen coronar su obra, publicando esas composiciones con el sermón que el Excmo. Sr. Dean del Cabildo de la Catedral de Sevilla predicó en la fiesta religiosa, y donando los ejemplares al Hospital de la Rábida.





# SERMON PREDICADO

POR

*el Excmo. Sr. D. Manuel Lopez Cepero,*

Dean de la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla,

EL DIA DE LA INAUGURACION

**DE LA RÁBIDA.**

---





Nunc autem manent Fides, Spes, Caritas,  
S. Pablo, 1.<sup>a</sup> ad Corintios, c. 13, §. 13.

## Sermos. Sres.

Quando S. Pablo predicó á los Corintios la celestial doctrina del Evangelio, dándoles á conocer sus verdades, disipó las tinieblas en que los tenia envueltos el paganismo; desterró la idolatría, y los dejó pacífica y fraternalmente incorporados en la Iglesia de Jesucristo. Pero habiéndose ausentado el Apóstol se suscitaron entre ellos cuestiones y disputas que, aunque pequeñas en su origen, engrandecidas por el orgullo y la miseria humana llegaron á producir enojos, envidias, escándalos y hasta crímenes, que los dividieron en las facciones y partidos que siguen siempre á la discordia.

Aflijidos y arredrados por los disturbios á ella consiguientes, recurren á su maestro para que los liberte de tal conflicto; y S. Pablo les escribe la primera de sus cartas, de la cual he tomado yo las palabras que puse al frente de mi discurso.

En ella los instruye, les aconseja, los exhorta, corrije á unos, reprende á otros, y últimamente consuela á todos, diciéndoles, que aunque hayan padecido tantas penalidades y disgustos, al fin les quedan la fé, la esperanza y la caridad. *Nunc autem manent fides, spes, charitas.*

Esta divina receta, Sres. Sermos, recomendada por S. Pablo á los corintios, y en ellos á todos los cristianos, de todos los lugares y de todos los tiempos, ha sido siempre y ha de ser hasta el fin del mundo el único remedio capaz de dulcificar al hombre sus amarguras, de darle consuelos en todas sus aflicciones, resignacion en todos sus trabajos, y tambien de engrandecerlo y darle fortaleza para que emprenda y acabe felizmente sus empresas, aunque sean las de trasladar las montañas, y aun las de buscar y descubrir mundos nuevos.

Acaso esta idea, en otro punto de la tierra, podría parecer exagerada; pero nos hallamos cabalmente en España, y en la España Bética, y en el monte de la Rábida, donde la exactitud de mi dicho, á falta de otros testigos, sería comprobada hasta por las murallas de este templo.

A sus puertas llegó el inclito Colon miserable y

pobre hasta la mendicidad, desesperanzado de hallar quien lo entienda, puesto que todos los reputados por sabios lo han despreciado como á un loco, empeñado en buscar un mundo nuevo, de cuya existencia le habian convencido sus estudios y meditaciones. Habla con el prelado de esta casa, Fr. Juan Perez de Marchena; éste lo acoge caritativamente, y despues de socorrer en él y en su hijo la miseria, escucha los planes y proyectos que lo hicieron despreciable en Génova su patria y en Venecia, en toda la culta Italia, en la sabia Inglaterra y en Portugal, sobresaliente entonces en este ramo del saber. Fr. Juan Perez de Marchena se admira al oirlo, descubre en él una superior inteligencia, y manda llamar inmediatamente al Dr. Garci Fernandez, médico sabio del próximo pueblo de Palos, que acude corriendo, y sorprendido tambien de oir á Colon, apoya y aprueba la admiracion del P. Guardian, y ambos se felicitan por el mútuo convencimiento que les ha producido el discurso de aquel sapientísimo piloto. Le prometen favorecerlo en cuanto puedan y recomendarlo en la córte de Castilla, á condicion de que renuncie á tratar con otra que no sea la nuestra, y Colon, dilatando su espiritu al ver que habia hallado en la celda de un pobre Religioso lo que en vano habia buscado en los palacios de los reyes, aviva su fé y su esperanza, apoyadas en la caridad de Perez de Marchena, y entregándole á su hijo se decide á irse corriendo á buscar á nuestros Reyes, pareciéndole ya que desde estas alturas, mirando al oc-

cidente, descubria al mundo nuevo que buscaba. Marchó Cristobal Colon recomendado por Marchena á Fr. Fernando de Talavera, confesor de nuestra reina Isabel, la Grande, la Católica, la primera; pero esta se hallaba ocupadísima en levantar la ciudad de *Santa Fé*, para abatir desde ella la soberbia Alhambra, último atrincheramiento del Alcoran en nuestro suelo.

Ofrecía en el momento graves dificultades la empresa; pero la fé, la esperanza y la caridad fácilmente las desvanecieron, por los caminos que sabe la divina Providencia convertir al hombre miserable en instrumento de sus mas altos designios.

¡Ojalá y pueda yo explicarlos como los veo, manifestando á mis oyentes, si no todos, alguno siquiera de los obrados por Dios en este bienaventurado monte de la Rábida, para que saliesen de él los Apóstoles del mundo nuevo, y este templo fuese en aquella época el teatro de tan maravillosos sucesos, y en la presente de los que estamos palpando y viendo!

La misma divina Providencia que los preparó en el reinado de Isabel la 1.<sup>a</sup> para que el Evangelio se predicase en el mundo nuevo, ha dispuesto en el de Isabel la 2.<sup>a</sup> lo que estamos haciendo. Esto es: que se restablezca y santifique de nuevo el templo profanado y destruido por causas que no son de este momento, para que se vuelvan á tributar en él á Dios nuestro Señor los sacrificios y alabanzas que le da-



ba Fr. Juan Perez de Marchena cuando se valió de él como del Santo Ananías en Damasco.

Si, Señores. La economía de la divina Providencia en los medios de que se ha valido, así para que de este templo saliese la luz evangélica para disipar las tinieblas en que se hallaba un mundo nuevo, como los que ha empleado para que este mismo templo se restablezca, serán el objeto de mis reflexiones.

Conozco, Señores, que por ligero que sea el bosquejo de lo que me propongo, es empresa superior á las fuerzas mías y mas ante un congreso tan augusto y respetable; pero como ya dije y firmemente creo, que obrando con fé y teniendo esperanza y caridad, ninguna empresa es árdua para el hombre por miserable que sea, apoyado en estas virtudes confio en que la divina gracia me dará la que necesito para desempeñar mi ministerio.

Dámela, Señor, pues te lo ruego por la intercecion de tu bendita é inmaculada Madre, repitiéndole las palabras mismas con que fué saludada por el ángel.

AVE MARIA.

*Nunc autem manent Fides, Spes, Charitas.*

### Sermo. Sr.

Es evidente que los hombres de todas las creencias, de todos los saberes, de todas las clases y de

todos los tiempos han convenido en que el acontecimiento mas grande ocurrido en el mundo, despues de la redencion del género humano, ha sido el descubrimiento de las Américas: lo diré mejor, de España la Nueva.

Es cierto que pasaron cerca de quince siglos desde que la redencion se consumó en el monte Calvario, hasta que del de la Rábida salieron los Apóstoles que llevaron el Evangelio al mundo nuevo. Pero tambien es verdad que habian pasado cerca de cuarenta siglos desde que la redencion fué prometida por Dios hasta que fué consumada en el Gólgota.

En él murió Jesus por todos los hombres y mandó á sus discipulos que lo predicasen así á toda criatura por el universo mundo hasta los últimos confines de la tierra, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. *Ite in universum mundum, predicate Evangelium omni creaturæ, etc.*

¿Y cómo habian los Apóstoles de cumplir este mandato de su Maestro en el mundo que no se conocía? ¿Y cómo habia Jesucristo de mandarles lo que no podían obedecer? Examinemos, pues, la economía de la divina Providencia, y veremos que desde aquel supremo mandato empieza la historia del descubrimiento del nuevo mundo.

Aunque pasase sin descubrirse quince siglos, así como habian pasado cuarenta desde que dijo Dios á la serpiente que la muger quebrantaría su cabeza hasta que se la quebrantó y tuvo cumplimiento todo lo

dispuesto por su infinita sabiduría para que se realizase el quebrantamiento, en ninguno de los dos casos dejó de cumplirse la promesa.

Dios había dicho al pueblo hebreo por boca de Job en el cap. 28: *que todas las cosas tienen su propio lugar y tiempo y que los hombres podían hallar los países que divide el mar Océano... buscando en el occidente las sendas y caminos que no hallaron las aves ni conocieron los hijos del mercader..... etc.*

Muchos expositores y entre ellos el sapientísimo Fr. Luis de Leon, interpretando este sagrado libro, afirman que en este pasaje está marcado el descubrimiento de aquel mundo. Mas no siendo propio de este lugar ni de este día el exámen geológico y topográfico de la tierra, volvamos á Jerusalem y en la conducta de los Apóstoles, cuando recibieron el mandato de publicar en todo el mundo el Evangelio, halláremos acaso la explicación de los designios de la divina Providencia.

Con todos los Apóstoles habló Jesus cuando les dijo: *Ite in universum mundum*, etc. pero solo Santiago, el hijo mayor del Zebedeo, el primo de Jesucristo y uno de sus mas amados discipulos se anticipó á ponerlo en ejecución antes que todos. Ni había salido para Roma Pedro, ni para Antioquía ni aun para Alejandría, en una palabra, en parte ninguna de la tierra fuera de la Palestina se había predicado el Evangelio, cuando ya Santiago tenia muchos discipulos en España.

Situada esta en la parte mas occidental del mundo conocido hasta entonces, parece indudable que esta preferencia no podía menos que ser significativa; esto es, á virtud de un especial decreto de la divina Providencia. Jacobo no debió venir á España sin que Pedro y los demas Apóstoles lo supieran, y acaso sin que expresamente se lo hubiese mandado su Maestro. Vino, y no pudiendo para llegar á ella dejar de atravesar muchos paises, en ninguno se detiene. Siembra en España la semilla del Evangelio; designa para el episcopado á Cecilio, Indalecio, Torcuato, Segundo y demas compañeros; alza en Zaragoza una columna, y sobre ella coloca el simulacro de Maria, y corriendo se vuelve á Palestina, para que en Jerusalem le corten la cabeza, como sucedió, antes que ningun Apóstol hubiese derramado su sangre por la predicacion del Evangelio. *¡Oh Beatum Apostolum! ¡Oh Beatum Hispaniæ Regnum! etc.*

Todos estos hechos, auténticos en la historia profana como en la de la Iglesia, suponen una multitud de arcanos y misterios, que ninguna duda dejan en que la divina Providencia usó una conducta especial en el tiempo, manera y circunstancias con que en España fué predicado el Evangelio. ¿Quién no vé explicada la profecía de Job en cada uno de estos sucesos? ¿Por qué Jacobo vino á España antes que fuese á Roma Pedro? ¿Por qué Jacobo no se detuvo en su venida, ni á su vuelta, en ninguno de los paises que atravesó haciendo su viaje tan rápido que

dos años despues de la muerte del Redentor habia ya Jacobo vuelto á Jerusalem y derramado su sangre por la doctrina de Jesucristo?

Parece indudable, Señores, que en la predicacion del Evangelio en España estaba decretada por la divina Providencia la de todas las tierras de Occidente, allende el Océano, y por eso Jacobo vino con tanta prisa á plantar la Cruz en ella, para que radica-se y se predispusiese á ser trasplantada al mundo nuevo, tan luego como llegase *la sazon y el tiempo* de llevarla, que Job habia profetizado.

Lo cierto es que la Cruz radicó en España de manera que sus ramas se elevaron sobre los mas altos cedros; porque bien sabia Jacobo que todo árbol toma mejor la tierra cuanto mas fresco; y por eso se apresuró á traernos el de la Cruz, teñido todavia con la divina sangre del Salvador. Este sin duda tenia decretado que se cultivase en este suelo, bajo la proteccion y cuidado de su Madre Maria, tan eficazmente, que no pudiese bastardear su fruto, y sí, con la mayor pureza ser trasladado á su tiempo. Así es que al desplomarse el romano imperio, de quien España era una provincia, se habia cristianizado de manera que hasta los centuriones romanos, como Marcelo y toda su numerosa familia, derramó la sangre por Jesucristo, rivalizando al parecer todas las ciudades y pueblos en testificar cuál se aventajaba en dar mas testimonios de cristianismo, como aparece probado en nuestros martirologios.

Los bárbaros del Norte inundan la tierra y después de invadir á toda Europa llegan á nosotros, trayéndonos los errores del Arrianismo; pero los Leandros, los Isidoros, los Fulgencios con su pluma, y muchos con su sangre, mantienen pura la fé que nos habia predicado Jacobo, y nuestro glorioso rey Hermenegildo sella con su sangre la pureza de la católica doctrina, porque aunque los godos pudieron políticamente dominarnos, dividirnos y sostener guerras y partidos, en punto de religion tuvieron que someterse y conformarse con la de los dominados.

Invaden los árabes nuestra tierra, y Dios que la tenia destinada para que fuese, como estuvo siendo por ocho siglos, el antemural de Europa, por preservarla de los errores de Mahoma preparaba en los españoles, mientras resistian las hordas agarenas, una generacion de hombres creyentes, esperantes, caritativos y valientes; en una palabra, una especie de Apostolado cual el tiempo y las circunstancias requerian para que llevase la Cruz al mundo nuevo en llegando el dia decretado por la Providencia. Si Señores, ella habia dispuesto que en la série de tantos años, ó por mejor decir en la continúa batalla de tantos siglos, se fuesen lentamente acrisolando la fé, la esperanza y la caridad, que los españoles habian de llevar al mundo nuevo.

¿Quién no vé en la proteccion y cuidado continuo con que Santiago los protegía en sus batallas el

dedo de la Providencia? ¿Quién no vé al Apóstol puesto siempre á la cabeza de los ejércitos? y si no lo estaba ¿quien no admira la fé vivisima con que creian todos que Santiago era el verdadero caudillo que los guiaba? Si la humana sabiduría se resiste á la creencia de lo primero, debe confundirse á vista de lo segundo; pues no es mayor maravilla que Santiago se les apareciese, que el que todos y por tantos siglos y lugares tan diferentes creyesen siempre que lo veian y que llevaban en él su defensa, Si: todos los caballeros españoles con la insignia de Santiago en el pecho y la cruz de Jesucristo en la mano, estuvieron creyendo muchos siglos que nada debian temer de los moros porque el Apóstol los guiaba y los defendia.

Desde Covadonga hasta Clavijo, desde Clavijo hasta Toledo, desde Toledo hasta las Navas, desde estas al Salado y desde el Salado hasta la Alhambra, siempre veian nuestros soldados á Jacobo delante de sus escuadrones: y todo esto fué necesario para que se formaran aquellos héroes que debian plantar la Cruz en el mundo nuevo.

Pedro y Pablo, Andrés y Bartolo con todos sus compañeros no tenian que predicar á Jesus en países donde los hombres recíprocamente se devorasen como era comun en los imperios de Motezuma y Atahualpa; pero los Apóstoles Españoles tenian necesidad de ser tan ardientes en la fé como valerosos con la espada: era menester que fuesen Corteses y

Pizarros, Alvarados y Balboas, Ojedas y Almagros y como tantos otros que los acompañaron, y en una palabra, Señores, era necesario, mientras tales sucesos la Divina Providencia preparaba, que el trono de Castilla se ocupase por una Isabel, y que la Providencia Divina inspirara al inclito Colon que estudiase hasta llegar á comprender aquella senda por la que Job habia dicho que no pasáran las aves del Cielo ni los hijos del mercader.

El gran Cristóbal inspirado por Dios creyó que podria pasarla: consultó su pensamiento sin hallar quien lo entendiera entre todos los sábios del mundo, hasta que llegó á la Rábida, donde el doctor Garcí-Fernandez y Juan Perez de Marchena admiran la sabiduría que no habian podido entender Génova, ni Venecia, ni Lóndres, ni Portugal, ni el mundo entero, y prometen á Colon proteger su proyecto. Avivan todos su fé, su esperanza y su caridad verdadera, y recurren á nuestra Isabel la Católica ocupada personalmente en que sobre la mas alta torre de la Alhambra tremolase la bandera de la cruz orlada de Leones y Castillos, como pronto se verificó. ¿Qué otra cosa habia de suceder si nuestra adorada reina le asestaba los tiros desde Santa Fé, donde ella se situó, segura de que no podia dejar de ser suya la victoria?

Si Señores. Partiendo de Santa Fé es imposible dejar de vencer, ni de consolarse en todos los trabajos, ni de dejar de reunirse los hombres fra-



ternalmente apoyados en la caridad de Jesucristo. Estas tres virtudes removieron todos los obstáculos que presentaba la empresa, y Cristóbal animado por ellas viene á la Rábida, donde unido á los Pinzones, y á tantos otros cristianos caballeros, cuyos nietos acaso me están escuchando, aprestan las tres carabelas, cuyo misterioso número, aun sin advertirlo ellos mismos, simbolizaba las tres virtudes fundamentales de la Religion del Dios trino y uno, que habian de predicar, y que iban grabadas en la cruz de Jesucristo.

Buen viaje lleven!!! Vayan con Dios las tres carabelas: me está pareciendo que oigo gritar á los numerosos grupos que las despedian desde el muelle mientras que el venerable Perez de Marchena con otros muchos sacerdotes las bendecian en nombre del Dios omnipotente, que tambien les daba su bendicion desde el cielo; porque era llegada la sazón y el tiempo que Job habia profetizado, de que los hijos del mercader pasasen los mares de Occidente, que las aves no habian podido atravesar.

Si, señores míos: con Dios fueron, y por eso llegaron á esas tierras, donde fijaron la Cruz, y las llamaron *El Salvador, la Isabela, Santa Fé, Santo Domingo*; en una palabra, España la Nueva: y llamáronla lo que es; porque aunque politicamente ya no nos pertenezca: aunque la division y la discordia la haya separado de nosotros, nuestra es y nuestra será siempre la gloria de haberles llevado la Religion del Crucificado.

Nuestra es y nuestra será siempre la gloria humanitaria de haber impedido que en las mesas de sus emperadores y caciques humeasen las carnes palpitantes de las innumerables victimas humanas que diariamente sacrificaban á sus monstruosas divinidades. Trabajo cuesta recordarlo; pero Washington Irving y Prescott, que por cierto no son españoles, hacen subir desde veinte á treinta mil cada año el número de estos sacrificios solamente en la ciudad de Méjico.

De España fué, es y siempre seguirá siendo, ademas de haberlos hecho cristianos, la gloria de haberles dado el idioma, las leyes y civilizacion verdadera.

De nuestra Santa Patriarcal Iglesia de Sevilla es y será siempre la gloria de haber sido Madre, y de seguir siéndolo, de todas las iglesias católicas del Mundo Nuevo.

Ténganse en hora buena sus ricos metales y sus perlas: embriáguense con su riqueza; pues nosotros estamos contentos con la gloria indudable, cierta é inenagenable que nos resulta de poder con verdad repetirles las mismas palabras que San Pablo dijo á los Corintios para consolarlos en sus disturbios, sus divisiones, sus partidos y sus guerras.

*Nunc autem manent fides, spes, charitas.*

Es verdad que ya teneis gobiernos semejantes á los Estados-Unidos, á la Anglo-América: tambien es cierto que con ellos podeis partir vuestro oro

y vuestras riquezas, que nosotros no codiciamos por cierto; antes bien estamos contentos y rogamos á Dios que conserveis eternamente pura é intacta la religion católica que os llevamos como el apóstol Santiago nos la entregó en nombre de Jesucristo.

Tuya es tambien, monte de la Rábida, mas célebre que todos los montes de la tierra, la gloria de haber sido el punto de que salió el estandarte de la cruz, en que iban cifradas las glorias de los de Armenia, del Sinai, del Tabor y aun del Calvario mismo; porque aunque en él se consumó la redencion del linage humano, de ti salió la cruz en que se cifraban todos aquellos acontecimientos.

Por eso ha dispuesto Dios, para que no se olvide tu engrandecimiento, el que este templo se restablezca y sean de sus muros arrancados para siempre los borrones con que los han manchado los que ignoran la economía de la divina Providencia, ó se burlan de sus decretos.

A nosotros nos quedan la Fé la Esperanza y la Caridad.

## PARTE SEGUNDA.

*Nunc autem manent Fides, Spes, Caritas.*

Pocos dias hace, Sres. Sermos., que la Iglesia Católica acaba de lamentar con Jeremias, recordando la pasion y muerte del Salvador, la destruccion del templo de Jerusalem.

Habia sido el mismo Dios el arquitecto de aquel primer edificio del mundo, dictando á Salomon sus dimensiones y hasta previniéndole de dónde y cómo habia de llevar los materiales, la pedrería y el oro con que debia enriquecerlo. Pues este templo tan magnifico y tan precioso permitió Dios que fuese destruido por los Babilonios.

El santo Profeta Jeremias se lamenta de la ironía con que insultaban sus ruinas los pasajeros, y tal vez los mismos que se alegraron ó ayudaron á la destruccion.

Lágrimas, Sermo. Sr., corrieron de mis ojos por tan triste recuerdo, comparando, sin advertirlo, las grandiosas ruinas de aquel con las de este pequeño templo: pero tambien esperimenté un sentimiento consolador recordando que si hubo una gran Reina, la de Sabá, que desde la Arabia fuese á admirar las grandezas de aquel templo, tambien ha habido otra gran Reina, Amelia de Borbon, que desde Albion

vino á llorar sobre las ruinas de este, y á poner con sus lágrimas la primer piedra para su restablecimiento.

Si Señores: en Marzo de 54, esto es, ahora trece meses, visitó las ruinas de este templo la piadosa y grande Reina Amelia de Borbon, descendiente por línea recta del noble Rey Alfonso VIII de Castilla, es decir, del vencedor de las Navas de Tolosa, y por consiguiente abuelo de San Luis y San Fernando, como padre que era de las infantas Blanca y Berenguela; esta madre de Fernando y de Luis, aquella, por lo cual no debe ser mirada en Castilla como estrangera, sino como una rama dinástica, y descendiente del trono de nuestros mas altos reyes.

¿Quién no admira, Señores, los designios de la divina y siempre adorable Providencia, que por un encadenamiento de sucesos tan complicados como agenos de referir en este dia, hace venir á tan piadosa Reina para que el templo de la Rábida se restablezca? ¡Oh Isabel la Católica! ¡cuántas gracias alcanzarás desde el Cielo para esta Reina, tambien descendiente tuya, por haber continuado en cuanto ha podido las obras con que tu admiraste al mundo!

Es cierto que no fué dado á Amelia el concluir las; pero encargó á sus augustos hijos que llevasen la conclusion á efecto; y ellos, herederos de la piedad de sus mayores, como atestiguan el santuario ya restablecido en Regla, y otros adonde los

llaman sus deseos, como el Valme y Tentudia, que desde aquí me están oyendo, y aun otro que no me puede oír por estar lejos, cumplirán, sí, yo lo espero, cuando les sea posible, el encargo de su piadosa madre.

Sucesos personales y hechos que me constan por haber tenido parte en ellos, no me permiten dudar que la Divina Providencia dirige sus designios de manera que solo con Fé, con Esperanza y Caridad pueden entenderse; y que solo estas tres virtudes pueden explicarlos.

En los años de 36 y 37 siendo yo mayordomo de Fábrica en mi Santa Iglesia de Sevilla se me presentaron dos personajes, el Barón Taylor, y el primogénito de Reneval, hijo del Embajador que el gran Luis Felipe tenía en nuestra corte, cuando él y su esposa Amelia se hallaban en el apogeo. ¿Quién podrá creer que estos personajes á nombre de sus príncipes venían á preparar el cimiento para que se restableciese la Rábida.

Pues yo, Señores, como español amante de mi patria y como sacerdote me atrevo á jurar, en fuerza de mi ministerio, que tengo motivos bastantes para creerlo, estudiando los designios de la Divina Providencia.

Ella fué quien inspiró á dichos señores la curiosidad y el empeño en saber pormenores y circunstancias del estado de la Rábida, teatro único en el mundo de sucesos que no tienen ejemplo.

Digalo si no el magnifico retrato de Colon que SS. MM. me dirijieron para que se colocase, como está en la Biblioteca de nuestra Santa Patriarcal Iglesia; no permitiendo ponerlo aqui el abandono y aun las ruinas de todo este edificio. Y no se olvidaron SS. MM. al hacer esta donacion de enviar tambien sus retratos y los de toda su augusta familia en un rico medallon de oro que se conserva entre las alhajas de nuestra Iglesia; asi como muchos curiosos libros que están en la Biblioteca, donde tambien se guarda la preciosa Biblia que en bien miñada vitela regaló San Luis á su primo San Fernando; siendo el Rey Luis Felipe, como mi cabildo contestó á S. M., el único Monarca francés que haya hecho donacion alguna á nuestra Iglesia desde aquel tiempo.

El Sermo. Sr. Duque de Nemours, que me escucha, y á quien tuve la honra de acompañar cuando el año de 39 visitó devota y artísticamente nuestra Iglesia, ayudó tambien con su curiosidad é inteligencia á remover obstáculos para que al fin hayamos llegado á reunirnos en este pequeño pero memorabilísimo templo para dar gracias á Dios nuestro Señor por verlo restablecido. Grande fué la gloria del templo de Salomon, como dijimos, y Dios permitió que lo destruyesen; pero dispuso despues que lo reedificasen y que fuese mayor la gloria del segundo, que habia sido la del primero.

Muy grande fué tambien la gloria de este en el reinado de Isabel la primera y tambien permitió Dios

que se destruyese. ¿Quién puede saber cuál será la gloria que tenga reservada la Divina Providencia á este segundo templo restablecido en el reinado de Isabel la segunda? Dios y solo Dios puede saberlo. Lo que si es cierto, es que ya, acabada la profanacion, lo estamos adorando en el augusto Sacramento, y dándole gracias por habernos concedido ver y palpar lo que en este mismo lugar le pedian y le rogaban Cristobal Colon y Fr. Juan Perez de Marchena: en lo cual somos mas dichosos que ellos, pues aunque esperaban que Dios fuese adorado en el mundo nuevo, nosotros sabemos que lo está siendo, y que de aquí salió para todo él la semilla del Evangelio. Nadie puede quitarnos esta gloria, ni el consuelo de ver á la Rábida restablecida. Benditos de Dios para siempre sean los nombres de Isabel la Católica, de Colon y de Fr. Juan Perez de Marchena, y tambien los de la Reina Amelia y sus augustos hijos, y los de todos cuantos han contribuido á que se restablezca este monumento glorioso á la Divina Providencia que nos ha enriquecido con la fé, la esperanza y la caridad tan recomendadas por San Pablo, para que en estas tres virtudes busquemos siempre el remedio de todos nuestros males y podamos llegar á poseer los bienes eternos. ASI SEA.



## ODA

á la restauracion de la Rábida.

---

«Aquel árbol ingente que frondoso  
Antes se viera al márgen de mis rios,  
¡Ay! lo arrebató el huracan furioso  
Marchitando su pompa con sus brios.  
Mis hijos ora el láuro victorioso  
No ceñirán de grandes poderios:  
Parténope cayó, cual sombra un día  
Desaparecer ante mis ojos via.

A Mógico tambien. Mi régio manto  
Tú de esplendor y púrpura teñas,  
Y triste en humo se disipa en tanto  
La brillantéz de las coronas mias.  
El Cielo conmovido á tal quebranto,  
De mi acerbo vivir las agonias,  
Benigno témpora ya con la memoria  
De grandes hechos de esplendor y gloria.

¡Breve alivio al dolor! ¡cuál lo acrecienta  
La ruina de grandes monumentos!  
¡Qué no vacía tumba representa  
Del gran Gonzalo hazañas y portentos!  
Despojada á mi vista se presenta  
Del hierro triunfador en sus instintos  
El que en Líri venció y en Ceriñola  
Conquistas dignas de su empresa sola.

Y tú tambien ¡oh Rábida querida!  
Que un tiempo de Colon albergue fuiste;  
Tú que al ver su esperanza destruida  
De Marchena el espíritu encendiste  
Para volverle su ilusion perdida;  
Tú que sus naves aprestarse viste,  
Tú sucumbes tambien, triste y llorosa  
A la mano del tiempo rigorosa.»

Asi la madre España se quejaba:  
Su desgarrado manto humedecian

Lágrimas que á torrentes derramaba  
Y de dolor su corazón cubrían:  
La corona en sus sienas vacilaba.  
Con el cetro sus manos fallecían,  
Y á los vientos sus écos ensordecen,  
Y el templo y la alta torre se estremecen.

En medio los sepulcros se presentan  
Del Santo Rey la faz esplendorosa:  
«Sús, hijos, clama; reparad la afrenta,  
En la Rábida osténtese gloriosa  
La fé que en vuestros pechos se acrecienta:  
Su antorcha brille perenal y hermosa,  
Quémese puro y oloroso incienso  
Ante las aras del Señor inmenso.

Allí sus culpas labe el peregrino;  
El náufrago colgar sus vestiduras  
Pueda también en su infeliz destino;  
Elevarán sus oraciones puras  
Mancebos mil que con afán divino  
Ensalcen al Señor de las alturas,  
Y el estandarte de la Cruz glorioso  
De gente en gente lleven victorioso.

Esto os concede, si, benigno el cielo:  
En tanto ante la Iglesia derruida  
Postrados venerad con santo celo  
De Isabel la memoria enaltecida:

La hazaña de Colon, en este suelo  
Digna de ser en mármol esculpida;  
La eficaz oracion del gran Marchena  
De fé esperanza y entusiasmo llena.»

Dijo: y se enciende en fulgorosa lumbre  
El sagrado sepulcro; cual torrentes  
Fugaces se despeñan de alta cumbre,  
Así sus rayos vívidos y ardientes  
Lanzan del corazon la incertidumbre,  
Y destellos despiden refulgentes  
Que á los augustos príncipes inflama  
Y arde en sus pechos de piedad la llama.

Ya el muro destruido miro alzarse,  
Dó de las olas de la mar rugiente  
La furia y altivez van á estrellarse.  
Ya entre celages de oro transparente  
Mira el ansiado puerto aprocsimarse  
El mercadante con afan ardiente;  
Tal vez la tierra pisa en el momento  
Que se celebra el sacrificio incruento.

Y perdido quizás el caminante  
Del insondable bosque en la espesura,  
Suspéndese su planta vacilante,  
Al oír la campana que procura  
Guarecerle del tiempo amenazante;  
Y un asilo de paz y de ventura

Le ofrece, donde pueda fervoroso  
Rendir su culto al Todopoderoso.

Y tú también que ansioso vas corriendo  
Tras estéril saber, contempla ufano  
Dó el inclito Colon en celo ardiendo  
Vá á descubrir el misterioso arcano.  
Ya desrolla el papel en que fingiendo  
Los ámbitos del mundo está el anciano  
Y al señalar el rumbo son centellas  
Las que despiden sus pupilas bellas.

El silvo de los vientos no le altera,  
Ni el rugir de las olas que espumosas  
Salpican sus vestidos; solo espera  
Vencer del mar la saña rigorosa:  
El gran prelado ardiendo en fé sincera  
Al comprender la empresa portentosa  
Sus plegarias eleva al Dios piadoso  
Mas que oro y cetro grande y poderoso.

Ante la exelsa Reyna de Castilla  
El cenobita está, ved cual presenta  
De Colon la grandiosa maravilla:  
Ya en la piadosa Reyna aun mas se ostenta  
El heroismo que en sus hechos brilla;  
Presto sus ricas joyas cede, atenta  
A que las naos de cruces se armen solo,  
Que conduzcan la fé de uno á otro polo.

Himnos entona la ciudad famosa  
Que ilustró Hermenegildo y Ricaredo.  
Fernando rescatar supo gloriosa,  
Y ennobleció Isabel con gran denuedo.  
Sus inclitas proezas bulliciosa  
Repita el aura con susurro ledo,  
Las glorias de Colon cantad entónces,  
Y entalladlas en mármoles y bronce.

¡Oh hazaña que los príncipes anhelan  
Ver renacer con éxito grandioso!  
Ya el entusiasmo de su amor revelan  
Con un rasgo sublime y generoso;  
Sus corazones solo se desvelan  
Por las glorias de España deseosos:  
Ríndaos la Iberia aclamacion inmensa  
Que os sirva de homenaje y recompensa.

DOLORES DE MOLINA.

A S. A. R.

la Serma. Sra. Infanta Doña Maria Luisa Fernanda,

en la celebridad de la restauracion del Convento de la RÁBIDA.

De las floridas playas de occidente  
Una sombra divina se levanta;  
Ornada eleva de esplendor su frente,  
Cruza de Atlante las soberbias olas,  
E invisible, deslízase su planta  
En las risueñas costas españolas.

Es el genio inmortal, grande, profundo,  
Que designó la omnipotente mano  
Para surcar el férvido oceáno  
Y el gran secreto adivinar del mundo:

El que venció con inclita osadía  
De mares ignorados la arrogancia,  
Y las columnas derribó que un día  
Alzaran la altivez y la ignorancia.

¡Colon! es él, que misterioso llega  
Al almo santuario que acojida  
Otro tiempo le dió; donde congrega  
Grande y fecunda ilustracion ahora  
A esclarecidos principes, que salvan  
De la huella del tiempo destructora  
Recuerdos inmortales

Que acrecientan los timbres nacionales.

¡Colon!... es él... su sombra misteriosa  
Invisible en el templo se desliza  
En el plácido instante  
Que augusta ceremonia religiosa  
De nuevo diviniza

El monumento de la hispana gloria,  
Donde mira el supremo navegante  
La página mas grata de su historia.

«Salve, murmura su encantado acento,  
«Salve por siempre, sacrosanto asilo  
«Que en mi pesar propicio me ofreciera  
«Un albergue tranquilo:  
«Tú fuiste el puerto en la borrasca fiera  
«De mi suerte infeliz.... Ay! yo ofrecia  
«Las fértiles comarcas que á mi mente  
«Mostraba el Hacedor, y me atraia  
«El sarcasmo del mundo; yo indigente



«Corri de trono en trono,  
«Engaños mil sufriendo é impiedades  
«Del hombre, fiero para mi en su encono  
«Mas que del mar las roncadas tempestades.  
    «Ay! que al hablar del mundo floreciente  
«Que Dios mostraba al pensamiento mio,  
«*Locuras son de tu cabeza ardiente,*  
«*Delirios,* murmuraban  
«Sin escucharme en su desden impio.  
    «Mis primaveras rápidas volaban,  
«Y sin ser de ninguno comprendido  
«Persigueme tenaz con su desprecio  
«El arrogante necio,  
«Y con su burla el pueblo descreido,  
    «Misero aquí llegué sin esperanza,  
«Y de estos muros al modesto abrigo  
«Mi alma de nuevo á recobrarla alcanza.  
«Aquí mi labio trémulo, de amigo  
«Pronuncia el nombre caro; mis acentos  
«Oyen por vez primera,  
«Y por primera vez mis pensamientos  
«Puedo estender en dilatada esfera.  
    «¡Ventura celestial!.... Oh! no el sarcasmo  
«Del ridiculo audaz aquí aminora  
«Con su helada sonrisa mofadora  
«El fuego celestial de mi entusiasmo:  
«No; me escuchaban con afan profundo,  
«Mi anhelo comprendian,  
«Y admirados, cual yo tambien veian

«Alzarse en lontananza un nuevo mundo.  
«No son vanas quimeras, no ilusiones  
«Las palabras aquí del extranjero;  
«De alta esperanza en las etéreas alas  
«Vuelan con él á vírgenes regiones,  
«Con él admiran las vistosas galas  
«De las distantes zonas,  
«Y miran alcanzar al pueblo hispano  
«En conquistas sin fin áureas coronas.  
    «Instante de consuelo,  
«Digna compensacion de mi amargura  
«En tí, tal vez, me presentaba el cielo.....  
«Pero, ¿qué nueva luz radiante y pura  
«Desde este asilo contemplé? mis ojos  
«Vuelvo al excelso trono de Castilla....  
«¡Oh primera Isabel! grande ante ellos  
«De tu génio inmortal la antorcha brilla:  
«A sus claros destellos  
«El olvido mitiga los enojos  
«Que mi anhelante corazon sufriera:  
«Ansia á tus pies volar el alma mia  
«Sin temer el desprecio cortesano;  
«Pues tu grandeza inmensa comprendia  
«Y todo lo esperaba de tu mano.  
    «¡Oh reina celestial! ¡oh muger fuerte!  
«Desde el momento que escuché tu nombre  
«Dios piedad tuvo de mi triste suerte:  
«Tú fuistes mi esperanza, mi consuelo,  
«Y el astro fuiste de esplendor divino

«Que compasivo presentaba el cielo  
«Para alumbrar mi lóbrego camino.  
«Sí, que de tu constancia la aureola,  
«Santa guerrera, contempló mi alma;  
«Y, ella, dije, es la sola  
«De cuantos dictan en la tierra leyes,  
«Que de esta empresa llevará la palma  
«Para perpétua mengua de otros reyes.  
«Huyeron mis pesares,  
«¡Oh! plugo al fin al cielo que corriese  
«Inspirado por tí los anchos mares;  
«Que el velo descorriese  
«Que ocultaba del mundo el gran misterio,  
«Y otro reino á tus plantas ofreciera,  
«Porque jamás de tu glorioso imperio  
«La viva luz del sol desapareciera.  
«Y tú, mansion querida,  
«Adonde pronuncié por vez primera  
«De la augusta Isabel el caro nombre,  
«Modesto asilo, donde halló mi vida  
«Plácido alivio á su letal tristura;  
«¡Oh! con respeto te conserve el hombre.  
«Vive por siempre, y en la edad futura,  
«Cual es ahora tu recinto, sea  
«Grandioso monumento  
«Donde mi historia el Universo vea.  
«Si; que en ti se atesora  
«De Colon el recuerdo mas querido:  
«Premio alcance la mano bienhechora

«Que del poder te libra del olvido.  
«¡Oh! digna nieta de Isabel primera,  
«Que en este humilde templo  
«Le das á las naciones  
«De ilustracion tan admirable ejemplo!  
«Por premio de tu anhelo  
«Admiran y bendicen tu existencia  
«Los católicos reyes desde el Cielo.»  
Enmudeció la sombra misteriosa,  
Y en ráudo vuelo presurosa sube  
A la mansion etérea del Querube.

Sevilla 4 de Abril de 1855.

ANTONIA DIAZ Y FERNANDEZ.

# A CRISTÓBAL COLON,

**SALIENDO DEL PUERTO DE PALOS, EN SU PRIMERA ESPEDICION  
AL NUEVO MUNDO.**

Para la inauguracion del convento de la Rábida, restaurado por SS. AA. RR. los  
Serms. Sres. Duques de Montpensier.

Riza las turbias olas  
Leve brisa, del piélagos espumoso;  
Y en eco rumoroso  
Saludando las playas españolas,  
Flotantes banderolas  
Despliega al viento empavesada nave,  
Frente al de Palos escondido puerto:  
En tanto que veleras,

Del hinchado canal, antes desierto,  
Con ráudo sulco y resbalar suave  
La crespá superficie acariciando,  
Dos carabelas rápidas descíenden;  
Las plácidas riberas  
Al poderoso empuje salpicando  
Hirviente espuma, que sus proras híenden.  
El alma conmovida,  
El pecho ardiendo en generosa llama,  
Avida se derrama,  
De noble impulso en alas conducida  
Inmensa multitud; cual desprendida  
De roto dique la corriente brava,  
Que en anchuroso lago  
El reforzado muro aprisionaba,  
Baja sonante, amenazando estrago,  
A la risueña vega,  
Y el prado inunda y el vergel anega.  
Tal de Ciudad vecina,  
Y de campos y pueblos se desgaja,  
Oprime la colina,  
Los anchos valles y llanuras cuaja,  
En confuso rumor falange espesa;  
El puerto invade, al espolon se lanza,  
Contempla absorta la gigante empresa,  
Con anheloso afán bulle y se agita,  
Y entre asombro, placer, duda, esperanza,  
¡Colon! ¡Colon! alborozada grita.

¡Colon!!! antes al mundo,  
En lóbrega tiniebla sepultado,  
Esconda Febo airado  
Su limpio rayo y esplendor fecundo,  
que tu nombre ¡oh Colon! y heróica hazaña  
La noble pátria mia  
Pueda olvidar; é intrépidos varones,  
Canos, Aranas, Sanchez y Pinzones  
Y tantos otros que á la mar bravía,  
Mundos buscando que ofrecer á España,  
De tu arranque magnánimo inflamados  
Sus pechos opusieron;  
Y en férvido entusiasmo arrebatados  
La cruzada oceánica emprendieron.

---

¡Parte, Génio divino!  
Ya de viejo castillo en alta almena  
Con torrentes de luz flotando brilla  
La enseña triunfadora de Castilla:  
Ya herido el bronce truena,  
Présago de tu esplendido destino;  
Respondiendo arrogante al bronco acento,  
En cavernosas sirtes repetido,  
Sordo mugir del mar embravecido,  
Fiero bramar del aquilon violento.

---

¡Partel: ese hirviente abismo  
Que rechazarte horrisono porfia,  
Y de tu mente el luminar fecundo  
Con sus soberbias ondas desafía;  
Que su furor opone á tu heroismo,  
Y al eco ronco del cañon responde,  
Debe á España un imperio, á Europa un mundo  
Que en sus remotos términos esconde.  
Allí láuro esplendente  
En virgen suelo y deliciosas playas  
Te ciñen las Lucayas,  
Centinelas de inmenso continente  
Que avaro el Ponto en sus abismos cela;  
Allí tornando en lúgubre gemido  
La onda fiera su horrisono bramido,  
Bajo tus plantas su cerviz inclina;  
De sus senos brotando la Isabela,  
El Salvador, y Cuba y Fernandina,  
Mientras á Europa voladora fama  
Lleva tu nombre y su ambicion inflama.

---

En pos de tí esforzados  
Miro avanzar egregios campeones,  
Del orbe pasmo si de España gloria;  
Y en su fé y en su aliento arrebatados  
Que sumisa obedece la victoria,  
Hallar, vencer, domar fieras naciones.



Los flotantes pendones  
Cortés descoge al viento;  
Y del bronce al estruendo fragoroso  
Que en Tabasco y sus cóncavas retumba,  
Méjico treme en mal seguro asiento,  
Y húndese y cae el secular coloso,  
Herido en Chalco, Yaltocán y Otumba.  
Audáz Balboa, de rencor villano  
Victima ilustre, en el Darién descuella;  
Y abre el primero al pabellon hispano  
Del mar del Sur la suspirada huella.  
Allá Pizarro guia,  
Vence en Tumbez, el Cuzco enseñoera,  
Régia mansion del Ynca poderoso,  
Fatal teatro de discordia impia;  
Y su pendon, en Charcas victorioso,  
Tremola en Quito, en Popayan ondea.

---

Tuyos, Colon, la historia  
Pregonará esos láuros recogidos  
Allí do un mundo adivinó tu mente;  
Tuyas descollarán de gente en gente  
El alta prez é inmarcesible gloria  
Sobre cuantos, en mármol esculpidos,  
Eternos vivan á la edad futura,  
Grandes, heróicos, inclitos varones

Que ciencias, artes, religion, cultura  
Plantaron en recónditas regiones.

---

¡Salve, feliz mortal! triste yacia  
En tenebrosa noche sepultada,  
Al horror entregada  
De sangrienta y feróz idolatria,  
En pueblos ciento y razas numerosas  
Miserá descendencia embrutecida;  
Por bosques y quebradas esparcida  
O en tribus y ciudades populosas:  
Mas á tu fé y arrojo y heroismo  
Rasgado el seno del temido abismo,  
Vió la pasmada Europa cual se abrian  
En nuevos mares rumbos no probados,  
Y á tu firme constancia  
Derrocados cedian,  
Su impura faz velando avergonzados,  
El torpe error y estúpida ignorancia.

---

¡Salve otra vez! en vano  
Su error llore Liguria, si orgullosa  
De un hijo el alto dón rechazó altiva;  
Y llamada á ser grande y poderosa,  
Hoy pobre y débil, ya que no cautiva,

El cetro acata de estrangera mano.  
Tambien acóse al fiero Lusitano  
Que de sus Quinas con razon blasona,  
Recuerdo amargo de mortal despecho,  
Al contemplar perdida  
La que tu noble generoso pecho  
A su ambicion brindó, rica corona,  
Y hoy es floron en otra esclarecida.  
Próspera en tanto venturosa España,  
De uno al otro emisferio  
Su poder y sus glorias dilatando,  
Deba á tu génio el colosal imperio  
Que, domada del piélago la saña,  
Audaz mostraste, oh intrépido marino:  
Y pujante, dos mundos abarcando  
La garra del Leon, al orbe asombre,  
La fama eclipse y el poder y el nombre  
Del celebrado pueblo de Quirino.

---

Empero refulgente

Aurea corona y timbres eternals,  
Inclita prez y láuros inmortales  
Decoren de Isabel la régia frente.  
¡Gloria, honor á Isabell; mientras seguro  
Sobre ejes de diamante  
De Dios al soplo el universo gire,  
Y su furor quebrante

Y sus ondas el piélagos retire,  
De blanda arena ante el endeble muro,  
Volará eternamente repetido  
Su augusto nombre en lenguas de la fama,  
Grandioso, esclarecido;  
Y de heróica virtud la ráuda llama  
Que ardió en su corazon, abrió su mano,  
Noble mostrando, generosa y pía,  
Que en este arranque de heroismo hispano  
La Religion al Génio comprendia.



Y vosotros que alzando  
*¡Oh Principes!* eterno monumento  
En venerando asilo penitente,  
Del gran Colon enalteceis la gloria  
Allí donde zarpando  
Por ignorados rumbos de Occidente,  
Débil escuadra con heróico aliento  
Páginas de oro arrebató á la historia,  
Jamás vuestra memoria  
Olvido aleve ni rencor impío  
Alcanzarán borrar del pátrio suelo;  
Dichoso yo, si á par del canto mio,  
Eco perdido cabe inculca breña, (1)

(1) Esta composicion remitió el autor desde su pais natal donde á la sazón se hallaba, para la inauguracion de la Rábida, que se anunció tendria lugar en 3 de Agosto de 1854.

Al ronco son de montaraz torrente  
Que en hondo abismo su furor despeña,  
A mi fèrvido anhelo  
Fuera dado, y afecto reverente,  
Correr, llegar, hincar una rodilla  
Ante la excelsa INFANTA DE CASTILLA.

Cirujales (Montañas de Leon) Julio de 1854.

JUAN MANUEL ALVAREZ.



A COLON EN LA RÁBIDA.

---



De Dios al soplo, que tu nave guía,  
Si el Ponto humilla su furente saña;  
Y mundos, brotan que conquiste España,  
Las túrbias olas donde muere el día;

Si á Europa brindas codiciada via,  
Que en láuros orna, en crímenes empaña,  
Cuna fué un templo de tu heróica hazaña;  
Sostén fué un monge de tu audáz porfia.

El templo, el monge, tu radiante gloria  
No eclipsarán, ¡oh impávido marino,!  
Que á España, Europa, el Universo llena:

Antes unidos grabará la historia,  
De tu nombre al espléndido destino,  
Los nombres de «La Rábida» y «Marchena.»

JUAN MANUEL ALVAREZ.



**A S. A. R.**

LA SERENISIMA SEÑORA INFANTA DOÑA MARIA LUISA FERNANDA,

en celebracion de la reparacion de la  
Hábida, en 1955.

**SONETO.**

El templo sacrosanto sucumbia,  
Dó Colon, al partir del suelo hispano  
Para surcar el férvido oceáno,  
Plegaria ardiente al cielo dirigia.

La estancia, en que Marchena le infundia  
Vivida fé y aliento sobrehumano,  
Presa infeliz de vandalismo insano,  
Bajo escombros estériles yacia.

Pagó así nuestra edad degenerada  
De la grande Isabel al mensajero,  
Al héroe de los héroes sin segundo.

Mas no eterno el baldon; que esta morada  
Vuelve á honrar por Luisa el nombre ibero,  
Del génio en prez, descubridor de un mundo.

Sevilla 26 de Marzo de 1855.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.



— 28 —

A S<sup>S</sup>. AA. RR.

**LOS SERMOS. SRES. INFANTES DE ESPAÑA, DUQUES DE MONTPENSIER,**

por la restauracion á sus expensas del  
convento de la Rábida.

---

Quando absorto contemplo  
En los anales de la patria historia  
De las virtudes el preciado egeemplo,  
Del heroismo la brillante gloria,  
Que en sus fâstos magnificos un dia,  
Atónita la Europa,  
En nuestros padres con asombro vía.

¿Será, mi pecho exclama,  
En la amargura que al recuerdo siente,

Al ver trocada tan escelsa fama  
En la ignominia de la edad presente,  
Que el cielo dá ese pago á sus delitos,  
Y nunca ya veremos  
Aquí mas láuros que en la historia escritos?

Tal vez: que hasta se olvida  
De aquellos, no remotos, que de palmas  
Su sien ornaron y de eterna vida,  
Embeleso hoy no mas de nobles almas.  
¿Qué fué del gran Gonzalo, el héroe, el solo,  
Entónces aclamado  
Desde occidente hasta el helado polo?

¿Qué fué? ¡infeliz! ni aun veo  
Aquel en que sus huesos reposaban  
Precioso y elegante mausoleo,  
Donde propios y estraños le admiraban.  
¡Qué digo! ¡desgraciado! aun sus cenizas,  
El Dáuro cristalino,  
Quizás sepulta entre sus ondas rizas!

¡Qué el claústro solitario  
En que el docto Marchena daba un dia  
Compasivo un albergue hospitalario  
Al marino del cielo que le fia,  
En religioso y férvido entusiasmo,  
El proyecto divino,  
Que fué despues del universo pasmo!

Vedle de allí, sereno  
Partirse para el mar, que le obedece,  
Y le acaricia en su tendido seno,  
Porque el soplo de Dios en él se mece.  
Que el cielo está en Colon: su luz le ayuda,  
Y el ángel que le guarda  
Con el aliento de su Dios le escuda.

Mirad luego en sus olas  
Al mar allá en los términos distantes  
Saludando las naves españolas;  
Y en la lengua armoniosa de Cervantes  
Mirad mil pueblos que, en amor profundo,  
Entonan convertidos,  
Himnos de gloria al Hacedor del mundo.

¡Triste! y la noble España  
Que halló en Colon tan fúlgida corona  
Vé crecer en su albergue la zizaña,  
Vé que su muro el tiempo desmorona;  
Y niega á sus empresas el tributo,  
Dando lustre á sus lares,  
Ya que ha heredado de su gloria el fruto.

Perdona, augusta sombra.  
Atónita la mente del viajero  
Que llega á verlos con dolor te nombra,  
Y nos reprende con desden severo.  
Y es fama que en la noche, triste suena

Un eco que repite  
Tu nombre escelso y el del gran Marchena.

¡Y tanta maravilla,  
Y tanto láuro y sin igual decoro  
Desluce España con tan vil mancilla!  
¡Ah! no será; que como al fresco lloro  
Del rocío, y al áura cariñosa,  
Entre zarzal grosero,  
Gentil descuella la encendida rosa;

Tambien entre la bruma,  
Que el vértigo del mal aqui levanta,  
Dos astros brillan con belleza suma,  
Á cuyo aspecto la maldad se espanta:  
Principes Reales, en quien grato el cielo  
Quiso mostrar al mundo  
De la virtud el idéal modelo.

Cuanto su rostro mira,  
Cuanto su planta afortunada toca,  
Al punto libre de dolor respira,  
Que nunca en vano su bondad se invoca.  
Creyentes en su Dios, en paz felice  
Le adoran fervoroscs  
Y Dios les oye y su oracion bendice.

Asi dulce reparte  
Su mano al triste y desvalido amparo,

Su génio, prez y admiracion al arte:  
Su ciencia palmas al saber preclaro.  
Y al ver que cubre su blason de abrojos  
La Hesperia desdichada  
Lágrimas brotan de su nobles ojos.

¿Y qué, exclaman, han muerto  
En su gran corazon aun las centellas  
Del entusiasmo, en que seguro puerto  
Hallaron siempre las acciones bellas?  
No; que si encuentra quien su gloria infame  
Con estúpido oprobio,  
Tambien encuentra quien la admire y ame.

Y su impulso redime  
En su decoro al arruinado cláustro,  
Que el primero escuchó la voz sublime  
De aquel que lleva de aquilon al áustro,  
Dó nace y muere la encendida llama,  
Descubridor de un mundo,  
En clara trompa sin cesar la fama.

Ni les basta: intranquilo  
Su pecho queda hasta que al fiero estrago  
Arrancan de Cortés el pobre asilo.  
Véd cual sus sombras por el aire vago  
De honor tan alto, enagenadas, dudan,  
Y á sus dos bienhechores  
En ademan de gratitud saludan.

Véd cual derraman flores  
Sobre su frente plácida y serena;  
Y les dán de su España los amores,  
Y su alma libran de angustiosa pena;  
De torpe infamia, y de calumnia aleve:  
Que tan raras virtudes  
Ni la calumnia á mancillar se atreve.

JOSÉ FERNANDEZ ESPINO.

## VERSOS

ESCRITOS EN EL ÁLBUM DE SS. AA.,

destinado á conservarse en el convento de la Rábida como memoria de su reedificación hecha á expensas de los mismos.

Rey de las palmas, el corifo escelso  
Medio siglo al contar, irgue la espalda,  
Y de su frente la triunfal guirnalda  
Al viento arroja en lluvia de azahar.  
Con su corona la existencia pierde,  
Pero llevan las áuras su semilla,  
Y en la tierra dó cae, al punto brilla  
De lozanos retoños un millar.

Tus hechos ¡oh Colon! fecundos guardan,  
Brotando eternos entusiasmo y gloria,  
En su mas blanca página, la historia,  
En su fibra mas noble, el corazon!

Quien comprende tu génio, quien se eleva  
A la sublime altura de tu hazaña...  
En el nombre de América y España  
Que reciba de Dios la bendicion!

La Nieta de Isabel, la que piadosa  
Tu derruido albergue ahora levanta,  
Abriga aquella fé robusta y santa  
Que un mundo te ayudara á descubrir.  
Perderá la belleza, el poderío,  
Lo que nos presta Dios por un minuto.....  
Pero su nombre y celestial tributo  
Unidos á tu nombre han de vivir.!

Sevilla, Abril de 1855.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.



EN LA RESTAURACION DE LA RÁBIDA.

---

Perdona, Colon, si un dia  
Llegaste pobre á mi patria,  
De gloria henchida la mente  
Y el corazon de esperanza.

Perdona si desvalido  
Te vió por su dicha España,  
La caridad implorando  
A las puertas de la Rábida.

Tú que á la Europa ofrecias  
Un mundo que contemplabas  
En la inmensidad perdido  
Del mar donde fué la Atlántida:

Tú, mas grande que la Europa,  
Mas rico que sus Monarcas,  
Sin pan, sin lecho ni albergue  
Como un mendigo vagabas!

¡Ay! ¡Siempre fué la fortuna  
Con el génio tan avara!

¡Siempre fué la humanidad  
Tan injusta y tan ingrata!....  
Mas no; que el desden imbécil  
Con que el mundo te mirara,  
La miseria en que viviste,  
Los tormentos de tu alma,  
Son la sombra del gran cuadro  
Donde tu gloria resalta,  
Cual en noche tempestuosa  
Del relámpago la llama.

Levanta, Colon, la frente  
De eterno laurel ornada:  
A estos solitarios muros  
Dirige tu vista de águila:

Testigos fueron un dia  
De tu pobreza y tus lágrimas;  
Hoy son monumento egrégio  
De tu gloria soberana.

Ellos te vieron llegar  
De las costas lusitanas,  
Donde ante el mar de occidente  
Tu espíritu se inflamaba;

Donde del sol la carrera  
Seguías con tu mirada,  
Volando tu pensamiento,  
Como su luz, á otras playas.

Ellos te dieron abrigo  
Cuando tu mente exaltada  
En profundísimos cálculos

Con noble ardor se abismaba;  
    Cuando la esfera medías;  
Cuando tu compás del Asia  
Los confines orientales  
Con Gil Polo figuraba;  
    Cuando viste que de Atlante  
Las nunca surcadas aguas,  
Cual otro Moisés, podías  
Cruzar con segura planta.

Ellos tu inmensa amargura  
Consolaron, cuando osadas  
Las pobres inteligencias  
De tu saber se mofaban,  
Y tu génio escarnecían,  
Y en su orgullo y su ignorancia  
Vieron un *loco* en el hombre  
Que á comprender no alcanzaban.

Ellos tu voz escucharon  
Que de Marchena en el alma,  
Si no tu ciencia, infundió  
Tu fé ardiente y tu esperanza.

Ellos, en fin, la victoria  
De tu admirable constancia  
Contemplaron orgullosos,  
Porque en ella confiaban;

Y radiante de alegría  
Te vieron con mano osada  
Rejir el timon; la lona  
Dar al viento, y entre pardas

¡Siempre fué la humanidad  
Tan injusta y tan ingrata!....  
Mas no; que el desden imbécil  
Con que el mundo te mirara,  
La miseria en que viviste,  
Los tormentos de tu alma,  
Son la sombra del gran cuadro  
Donde tu gloria resalta,  
Cual en noche tempestuosa  
Del relámpago la llama.

Levanta, Colon, la frente  
De eterno laurel ornada:  
A estos solitarios muros  
Dirige tu vista de águila:

Testigos fueron un dia  
De tu pobreza y tus lágrimas;  
Hoy son monumento egrégio  
De tu gloria soberana.

Ellos te vieron llegar  
De las costas lusitanas,  
Donde ante el mar de occidente  
Tu espíritu se inflamaba;

Donde del sol la carrera  
Seguías con tu mirada,  
Volando tu pensamiento,  
Como su luz, á otras playas.

Ellos te dieron abrigo  
Cuando tu mente exaltada  
En profundísimos cálculos

Con noble ardor se abismaba;  
    Cuando la esfera medías;  
Cuando tu compás del Asia  
Los confines orientales  
Con Gil Polo figuraba;  
    Cuando viste que de Atlante  
Las nunca surcadas aguas,  
Cual otro Moisés, podías  
Cruzar con segura planta.

Ellos tu inmensa amargura  
Consolaron, cuando osadas  
Las pobres inteligencias  
De tu saber se mofaban,  
    Y tu génio escarnecian,  
Y en su orgullo y su ignorancia  
Vieron un *loco* en el hombre  
Que á comprender no alcanzaban.

Ellos tu voz escucharon  
Que de Marchena en el alma,  
Si no tu ciencia, infundió  
Tu fé ardiente y tu esperanza.

Ellos, en fin, la victoria  
De tu admirable constancia  
Contemplaron orgullosos,  
Porque en ella confiaban;

    Y radiante de alegría  
Te vieron con mano osada  
Rejir el timon; la lona  
Dar al viento, y entre pardas

Y rojas nubes, perderse  
La alta popa que pisabas,  
Cual trono que en su desierto  
El Occéano te alzara.

Entre estos muros, tu sombra  
Feliz y risueña vaga,  
Señalándolos al mundo  
Con cariñosa mirada:

Testigos fueron un día  
De tu pobreza y tus lágrimas:  
Hoy son monumento egrégio  
De tu gloria soberana.

JOSE BENAVIDES.

Sevilla 6 de Mayo de 1855.

---

# ODA

A S. A. LA SERMA. INFANTA DOÑA LUISA FERNANDA DE BORBON,

EN HONRA DE SUS ESCLARECIDAS VIRTUDES Y DE SU AMOR  
A LAS ANTIGUAS GLORIAS DE ESPAÑA.

---

Feliz el Bétis que en su amena orilla,  
Magnífica morada  
Diéra á la Infanta que admiró Castilla,  
Feliz la hermosa la oriental Sevilla  
Que en su Princesa amada  
Halló alto ejemplo de virtud preciada.

Ella guarece bajo el rico manto  
Al triste y desvalido  
Y tierna enjuga su abundoso llanto

En honda pena y horfandad vestido,  
Mostrando su virtud que es heredera  
Del noble aliento de Isabel primera.

Ella piadosa del heróico hispano  
La fé acrecienta con su ilustre ejemplo,  
Y el pueblo sevillano  
Viérala humilde en el sagrado templo  
Preces alzando al Redentor del mundo  
Por los que gimen en dolor profundo.

Si rudo azote al español aflige  
Dó quier sembrando desaliento y muerte,  
Ella en el Ángel tutelar se elige,  
Que al miserable infunde ánimo fuerte,  
Y cuando arrecia el aluvion sañudo  
Del mísero labriego es firme escudo.

Dechado de virtudes, dulce esposa  
Siempre el sumiso la encontró indulgente,  
Y madre cariñosa  
El triste hallóla á su penar clemente,  
Sus ricas joyas generosa dando  
Al que á sus plantas se acercó temblando.

Empero ¡oh Luisa! el varonil anhelo  
Que tu pecho enaltece  
De alzado punto acrisolado crece  
Hasta la etérea escelsitud del Cielo,



Cuando preservas de la patria mía  
Las altas glorias que alcanzára un día.

El júbilo me inflama  
Al recordar de España lo pasado  
Y arde en mi pecho la encendida llama  
Que vívida otra vez ¡ay! ha brillado,  
La llama que lució en nuestros mayores,  
Para arrancar del mundo eternos loores.

La Alhambra en sus almenas  
Viéra la enseña que ondeó Fernando  
Cayendo allí las huestes agarenas  
Por siempre peleando,  
Y España entonces su dominio empieza  
Aventajando á Roma en su grandeza.

Y mientras que Gonzalo  
La antigua Itália á su valor rindiera  
Noble lidiando con el brioso Galo,  
Un mundo descubriera  
El inmortal Colon al mundo ignoto  
Allá en los mares del confin remoto.

Y mientras que Brabante  
Á España rinde sumision esclavo,  
Hasta la cima del altivo Atlante  
Los tercios llegan del ibero bravo,  
Que al par que doma á la soberbia Flandes

Las cumbres huella de los altos Andes.....

Mas donde en alas de mi amor ardiente  
Por mi pátria querida  
El vuelo encumbra mi abrasada mente,  
Si España tan temida  
Ya no es la sombra del dominio estenso  
Que en ambos mundos se elevara inmenso.

Recuerdos nada mas, triste memoria  
De su perdida gloria  
Al español aun queda,  
Monumentos insignes de su historia  
Que á historia alguna por brillante ceda  
Mientras que España conservarlos pueda.



Y tú Princesa que el valor comprendes  
De tu mision sublime,  
Nuestro antiguo blason que en polvo gime  
De la ignominia y del baldon defiendes  
Cuando los restos de la egrégia España  
Libras del tiempo y de su horrible saña.

Testigo Castilla  
Donde espirara el vencedor de Otumba,  
Que viera hundirse desquiciada y vieja  
De Hernan Cortés la esclarecida tumba.  
Tu valor soberano  
Hoy la redime de esterminio insano.

Tu aliento es quien ahora  
Tambien de oprobio y destruccion levanta,  
Magnánima Señora,  
La celda dó Colon selló su planta.  
Humilde albergue que ofreció Marchena  
Al que al espacio con su nombre llena.

¡Mil veces bendicion! su nombre sea  
Allá en el cénit con diamante escrito,  
Para que el mundo desde alli lo vea  
Siglos y siglos por do quier bendito  
¡Oh Infanta de Castilla  
Honor de España, gloria de Sevilla!

DEMETRIO DE LOS RIOS.



EN LA RESTAURACION

**DEL MONASTERIO DE LA RÁBIDA.**

(15 de Abril de 1855.)

SONETO.



Magnánimo Colon, tú á quien un día  
Prestó este asilo venerable y santo  
Amiga sombra, al enjugar tu llanto  
La fé en tu ciencia que en Marchena ardía.

Tú á quien la Reina generosa y pía,  
La gloriosa Isabel, de España encanto,  
Benévola acogió bajo su manto  
Para honra eterna de la pátria mía.

Héroe inmortal, á cuya voz un mundo  
Brotó del seno de los anchos mares,  
Digno premio á tu esfuerzo sobrehumano;

Regocijate ¡oh génio sin segundo!  
Hoy que restaura tus piadosos lares  
Un Príncipe de aliento soberano.

FERNANDO DE GABRIEL Y APODACA.



## A COLON

con motivo de la restauracion del Monasterio  
de la Rabida, debida á SS. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes de España,  
Duques de Montpensier.

### SONETO.

Tú que al calor de inspiracion divina,  
Ardiendo en fé, con ánimo constante,  
Con tu gran pensamiento vas errante,  
Ciega á tu luz la humanidad mezquina.

Tú á quien el cielo pródigo encamina  
Al pié del Sólido de Isabel triunfante,  
Alma digna de tí, que en tu semblante  
Tu espíritu profético adivina.

Tú que su auxilio le tornaste en gloria,  
Su religion, su nombre, su desvelo  
Llevando con la Cruz á ignota orilla;

Á los que hoy rinden culto á tu memoria  
Dirije una mirada desde el Cielo,  
Bendice á los Infantes de Castilla.

TOMAS DE REYNA Y REYNA.

Á LA SERMA. SRA. INFANTA,

**DOÑA MARÍA LUISA FERNANDA,**

en la inauguracion del convento de la Rábida.

SONETO.

Si el padre Bétis se levanta ufano  
A ensalzar tu envidiada primavera  
Con la trompa inmortal del divo Herrera  
Y el pincel de Murillo soberano:

Si en el blason del sólio castellano  
El rayo de tus triunfos reverbera,  
Y tu nombre, cual águila altanera,  
Vuela de Gádes al confin indiano;

De Rábida en la cúpula elevada  
Tu heroica fé, con alabanza justa,  
Premian y tus patrióticos afanes

De Marchena la imágen venerada,  
Del insigne Colon la sombra augusta,  
De la gran ISABEL los sáctros manes.

JOSÉ MARÍA RUIZ DE SOMAVÍA.

Sanlúcar de Barrameda, Abril de 1855.

**A la restauracion  
del Convento de la Rábida, en 1855.**

---

Con manso arrullo el pabellon ibero  
La brisa de la Italia acariciaba,  
Y en oprobio del árabe altanero  
En la morisca Alhambra tremolaba;  
Y osado, altivo, vencedor y fiero,  
Dó quiera que brillante se mostraba  
Humillaban su frente las naciones  
Abatiendo vencidas sus pendones.

Mas nuevo triunfo de sin par valía  
Aun le guardaba pródigo el destino,  
Que su gloria inmortal aumentaría  
Alfombrando de láuros su camino.

Y era llegado el venturoso día  
En que, merced á un génio peregrino,  
Se escribiese en el libro de la historia  
Su mas hermosa y colosal victoria.

Colon! Colon! tu nombre venerado  
Hace de asombro enmudecer la esfera;  
Al escucharle el Bétis sosegado  
Para un momento su triunfal carrera;  
De divina aureola circundado  
Lo muestra al mundo la nacion ibera;  
¿Qué mucho que mi pobre fantasía  
Se turbe á su divina melodía?

Tu génio audaz con atrevido vuelo  
El hondo abismo de la mar salvaba;  
Y allá á través del azulado velo  
Del horizonte un mundo divisaba;  
El cielo puro y el fecundo suelo  
De la virgen América miraba,  
Y al mostrar á tu siglo ese portento  
Desprecio y burla suscitó tu acento.

Dios te dió en Isabel tu protectora:  
Su noble mano te allanó el camino,  
Y ya á bordo de nave voladora  
Seguiste el rumbo que trazó el destino.  
Y sonrió la apeteccida aurora  
En que pisaste el suelo peregrino



De la virgen América, y tu frente  
Ceñiste de laurel resplandeciente.

Tú mostraste á los fuertes escuadrones  
De la España, sedientos de laureles,  
Nueva region dó fueran sus pendones  
Á conducirlos, á la gloria fieles.  
Cortés, Pizarro, bélicos varones,  
Al galope veloz de sus corceles,  
Desparecer hicieron como espuma  
Los tronos de Atahualpa y Motezuma.

Colon! al recordar tu triste vida  
Mis ojos brotan llanto de amargura:  
¡Cuánto sufriste para ver cumplida  
Tu esperanza de gloria y de ventura;  
Y cómo la ilusion desvanecida  
Al rudo soplo de la envidia impura,  
Solo encontraste decepcion, miseria,  
Tú que riqueza y glorias diste á Iberia!

Mas hoy levanta del sepulcro helado,  
Génio sublime, la cansada frente,  
Cruce otra vez tu vista el mar airado:  
Fijala en el ibero continente.  
¿No ves resplandecer, yá arrebatado  
Del ráudo tiempo á la veloz corriente,  
Una memoria bella de tu vida,  
Ayer casi en ruinas convertida?

La Rábida! á sus puertas macilento,  
Colon, recuerdas que llegaste un dia  
Á demandar humilde el alimento  
Cuando tu voz el mundo desoia?  
Y que allí se elevó tu pensamiento,  
En álas de la fé y de la poesia,  
Con nuevo aliento y entusiasmo ardiente,  
Á descubrir el mundo de Occidente?

Ya no será tan solo una ruina  
Su venerable fábrica severa,  
Ante la cual el pasajero inclina  
La noble frente en su afliccion sincera.  
Sus muros reedifica la divina,  
La digna Nieta de Isabel primera;  
¡Un destello le cabe de tu gloria  
En el eterno libro de la historia!

ARÍSTIDES PONGLIONI.

Sevilla, Abril de 1855.

## A S. A. R.

LA SERENISIMA SEÑORA INFANTA DOÑA MARIA LUISA FERNANDA,

con motivo de la restauracion de la Rábida, en 1855.

### ODA.

Hubo un tiempo feliz en que la España  
Dictó su ley, magnífica señora,  
En cuanto el sol espléndido colora  
Y el hondo y ancho mar circunda y baña.  
Todo era gloria: las nevosas cumbres  
De los climas del norte, dó resuena  
El rayo amenazante,  
Y la abrasada arena  
Que el astro de la luz vivido enciende,  
Que tiembla vacilante

Si el rápido simoun sus alas tiende,  
Atónitas miraron  
Alzarse altivo y fiero  
El rojo pabellon del pueblo ibero.  
Si; que la llama de la fé sagrada  
Pura resplandecía,  
El vasto mundo, cuanto existe y vive  
Mezquino á su entusiasmo parecía.

Un génio entonces elevó su frente,  
Tendió los claros ojos  
Al término apartado de occidente,  
Y exclamó: «Véd allí cual se levanta  
«Sobre la espuma de la mar sonora  
«De juventud vestida y hermosa,  
«Una tierra feliz donde natura  
«Sus galas mas brillantes atesora.  
«En ella crece la oriental palmera  
«Del céfiro al aliento,  
«Rios de plata sobre arenas de oro  
«Dó el color de los cielos reverbera,  
«Murmuran con sonoro,  
«Con poderoso acento,  
«Y entre virgenes bosques solitarios  
«Suspenden mudos su triunfal carrera.  
«Fecundo el suelo, perfumado el aire,  
«Ricos los montes, de hermosura lleno  
«Este clima dichoso,

«Hora nos brinda su encantado seno.»

Cual tibio resplandor de clara estrella  
Que ante las negras nubes se oscurece,  
Como ilusion de un alma casta y bella  
Que la verdad terrible desvanece,  
Hubiérase perdido  
De Colon inmortal la inmensa gloria  
Al perderse su voz, si enardecido  
Marchena al escucharla, no la hiciera,  
De religioso espíritu movido,  
Llegar al sόlio de Isabel primera.  
De la grande Isabel, que descendiendo  
Las joyas de su frente soberana  
Para ayudar al héroe sin segundo,  
Dió insigne ejemplo de saber al mundo,  
Claro esplendor á la corona hispana.

«Vuela, dice á Colon, surca los mares.»  
Él, llena el alma de entusiasmo ardiente,  
De plácida esperanza,  
Serenos el corazon, firme la mente,  
A las ondas intrépido se lanza.  
Cien bravos con él ván: yá de la orilla  
No se distinguen las veloces naos,  
Ni la noble bandera de Castilla.  
En vano, en vano con su ronco acento

Bramando rudo el aquilon sonante  
Presagia infáusta suerte;  
En vano el firmamento  
Cruza el rápido rayo centellante,  
Núncio espantoso de cercana muerte;  
Y el piélago irritado,  
Que sordamente gime  
Al nuevo peso que su espalda oprime,  
Con ira y rabia suma  
Arroja al viento la revuelta espuma.  
Todo lo vencen: señaló el destino  
El venturoso día  
En que tras tanto afán y lucha tanta,  
De láuro peregrino  
Sus sienes ornaría.  
Al despuntar la aurora,  
Cuando el cielo se tiñe en grana pura,  
Y aparece radiante de hermosura  
El astro rey sobre la mar sonora,  
De júbilo cien voces  
«Tierra, tierra,» clamaron;  
Y de la Cruz la enseña venerada  
Las brisas de la América ondearon.  
De tan exelsa gloria monumento,  
Mudo testigo, página brillante,  
La Rábida quedó; templo y morada  
De la fé y la virtud: misero, errante,

Desalentado y triste,  
La noble faz por el dolor surcada,  
Allí demandó asilo  
El génio audáz que un mundo prometia.  
Allí un amigo halló: tiernos y acordes  
Un corazon al otro respondia,  
Cual de dos harpas las vibrantes cuerdas  
Que dulce mueve el vagaroso viento  
Llenando los espacios de armonia.  
Allí sonó inspirado  
Bajo las anchas bóvedas su acento,  
Se enalteció su mente,  
Allí creció la flor de su esperanza,  
De allí tendió su vuelo al occidente,  
Águila que del monte al sol se lanza.

Mas de los siglos la constante huella,  
De la ciega ignorancia destructora  
La inexorable mano,  
Y de la guerra la voráz centella,  
Esta sacra mansion, alto recuerdo  
De gloria sin igual, de ilustre timbre,  
Hubieran confundido  
Bajo la férrea losa del olvido.  
Sus áridos escombros  
La yerba cubriría,  
Allí el nocturno pájaro agorero  
Sus fúnebres lamentos alzaría;

Y en vano al visitarlos,  
Atónito el viajero  
Un resto de grandeza buscaría,  
Si un ángel protector no la mirara  
Con doloridos ojos,  
Y de sus labios rojos  
Tan dulcísimas voces exhalara.  
¿«Fué aquí, decidme, dó el varon divino  
«Á la Iberia anunció el sublime láuro,  
«Que la guardaba pródigo el destino?  
«¿Es este el venerable monumento  
«Que de la heroica hazaña  
«Pudo escuchar absorto el pensamiento?  
«¿Y qué! ¿la madre España  
«Contemplará sin luto su ruina?  
«No; por mi mano enaltecido sea,  
«Con nueva vida y esplendor se vea.»  
Dijo: á su voz restáurase en un punto  
El monasterio santo,  
Y de júbilo vierten  
La augusta religion, la cara pátria,  
Tierno, abundoso llanto.

Y este ser tutelar, este ángel bello  
Que benéfica diestra en torno tiende  
Grabando de piedad el dulce sello,  
Eres tú, Luisa pura:  
Tú, á quien mas esplendor dan las virtudes



Que tu cuna dorada.  
Aquesta es hija de la suerte ciega;  
Las ilustres acciones  
Solo del alma por la fé inspirada.  
Así mi lira, amante  
De lo sublime y generoso, ahora  
Dirigete sus sonos;  
Y tu nombre, señora,  
La gratitud esculpirá constante  
Del pueblo en los sencillos corazones.

NARCISO CAMPILLO.

Marzo, 1855.

— 28 —

EN LA INAUGURACION  
**DEL ANTIGUO CONVENTO DE LA RÁBIDA,**

RESTAURADO Á EXPENSAS

de SS. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes Duques de Montpensier,  
y de los pueblos de la Provincia de Huelva.

Vén, Númen de la gloria, tú me inspira  
Del genio audaz las dignas alabanzas;  
Propicio al vate entusiasmado mira  
Que el lauro tú de la victoria alcanzas:  
Resonancia magnífica á mi lira  
Dá, y la centella que del rostro lanzas  
Prenda su fuego en mi infecunda vena  
Y cantaré á Colon y al gran Marchena.

Célebres nombres que la patria unidos  
De la historia en las páginas venera,  
De entrambos mundos con asombro oídos,  
Por Dios escritos en la azul esfera,  
De mil generaciones aplaudidos  
Perenne, universal, fama os espera:  
Consérvalos, Memoria, en aureos gonces,  
Eternizadlos, mármoles y bronces.

¡Rábida solitaria! el fausto día  
En que el insigne genoves valiente  
Llegó á ti de mortal melancolia  
Pálida y mústia la espaciosa frente,  
Y de surcar en viva sed ardía  
Los ignorados rumbos de occidente  
Siempre recordarán tus pobres muros  
Contra el rigor del tiempo ya seguros.

El hijo ilustre de Francisco oyólo  
Y en abundantes lágrimas deshecho  
De santo patriotismo ardiendo solo  
En rápido volcan sintió su pecho,  
Vió dilatarse ya de polo á polo  
De España religion, nombre y derecho;  
Disuade, porfia, ofrece, ruega,  
Marcha, y al campo de los reyes llega.

De la gran Isabel al regio trono  
Vuelve Colon henchido de esperanza,

La ciencia su sosten, la fé su abono,  
Cuanto la empresa necesita alcanza.  
El valor su virtud, Dios su patrono,  
Impávido al peligro se abalanza;  
Sopla el viento la humilde carabela  
Y allá se pierde la pomposa vela.

Lucha con el furor del bravo viento  
Y cruje de la nao la débil quilla,  
Hiende veloz el liquido elemento  
Y luego triunfa en la remota orilla;  
De los alegres náutas el acento  
Clama ¡viva Colon! ¡viva Castilla!  
Y murmura el Atlántico profundo  
¡Gloria al descubridor de un nuevo mundo!

Luisa Fernanda Augusta, Orleans dichoso,  
Que otra vez estos muros levantais,  
Y del tiempo el estrago vergonzoso  
Con solícitas manos reparais,  
Nuevos aplausos, título glorioso  
Con accion tan sublime conquistais:  
El nombre vuestro, el de los héroes lea  
La historia juntos: este el premio sea.

¡Viva Colon! hoy suena en la colina,  
¡Viva Colon! las bóvedas retumban,  
Y entre las olas de la mar vecina  
Del alto grito los rumores zumban;

Repitenlo la esfera cristalina,  
Las corrientes que al valle se derrumban,  
Y se prolongan los ruidosos ecos  
De pino en pino por los troncos huecos.

JUAN JOSÉ BUENO.





COMPOSICION POETICA

A. S. A. R.

la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales

DE LA RASIDA

EN 1804

de la restauracion del celebre Monasterio de

LA RASIDA

POR

# Composicion Poética.



IMPRESION EN MADRID, Y ESTAMPADA EN LEON DE CASTILLA

En la imprenta de don Juan de la Cruz Bernaldo de Saez

1804

En la imprenta de don Juan de la Cruz Bernaldo de Saez

1804







Composición de la materia







# COMPOSICION POETICA

DEDICADA

## Á S. A. R.

la Serma. Sra. Infanta Doña Maria Luisa Fernanda,

**DUQUESA DE MONTPENSIER,**

CON MOTIVO

de la restauracion del célebre Monasterio de

**LA RÁBIDA.**

POR

*D. Juan Miguel de Arambide,*

SOCIO PROFESOR

DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS Y LITERATURA DEL LICEO DE GRANADA,



*y de otros establecimientos científicos etc. etc.*





**GRANADA:**

IMPRENTA DE HIGUERAS Y COMPAÑÍA, CALLE HORNO DE MARISA, NÚM. 4.

Año de 1856.









## MI PROPÓSITO.

---

Cantaba yo con mi templada lira  
El ardor de los fieros campeones;  
Cantaba las beligeras acciones  
Que un corazón intrépido respira:  
Canté un tiempo feliz ufano y solo  
Del César carpentano el triunfo y gloria,  
Triunfo que eleva la brillante historia  
Y en su vuelo llevó de polo á polo:  
Su ostracismo canté y su amargura:  
Lo admiré en su esplendor, la augusta frente  
Orlada del laurel resplandeciente,  
Nuncio de bendición y de ventura:  
Del cristalino Fluvia en la alba orilla  
Sonó mi débil musa al ver gozoso,  
Salvar el curso limpio y presuroso  
Al astro hermoso que admiró Castilla:  
Lloré sobre su tumba: ramo oscuro  
Cubrió mi faz: se destempló inhumano  
Mi sencillo laud, que ensayó ufano  
Perdidas glorias y su amor seguro:



Ora torna á sonar el plectro mio;  
Vuelvo á elevar mi voz triste apagada;  
No ya del dulce canto reflejada  
Del ruiñeñor en su vergel sombrío:

A tí, vástago bello, estrella grata  
De aquel brillante y célico hemisferio;  
A tí Princesa augusta, cuyo imperio  
Te rindió el almo bien que te retrata:

A tí, que cual un astro refulgente,  
Cual Diva celestial en nuestro suelo  
Derramastes el plácido consuelo  
De tu inmensa bondad y amor ardiente:

A tí que en blanda union y lazo hermoso,  
Te unió el destino á un Príncipe querido  
Por su esplendor y nombre conocido  
Del honor y virtud destello hermoso:

Hispalis te admiró, y á tu belleza  
Humillando su gala y hermosura,  
Le ofreció entre su Bética pintura,  
Una divina estancia á tu grandeza.

**La restauracion.**

Himnos de bendicion, cantos de gloria  
Repíete enardecido  
Por tu afecto atraído  
El pueblo alicionado en la victoria.  
¿Qué no cedió tu sin igual largueza?

¿Qué no le dió tu mano generosa?  
Muestra digna y preciosa  
De candor y pureza.  
Hija de un Rey y de una Reina hermana;  
De Isabel soberana;  
De Isabel halagüeña, placentera,  
Segunda en nombre, en nuestro amor primera.

Tu engrandecistes el estadio ameno  
Dó sé ejerció del árabe la saña:  
Dó sé mostró de ardor y esfuerzo lleno  
Un potente adalid que acató España:  
Que sustentó con ceño adusto, altivo,  
El lustre de su sólio primitivo.

Llevastes de tu stirpe y noble cuna  
Al seno belicoso  
De ese pueblo ardoroso,  
El sumo bien, la dicha y la fortuna,  
Que en tu anhelar constante se acredita;  
Y ese trofeo eterno y esa fama,  
En el orbe se aclama  
Y con letras de oro se ve escrita.

Tú el clamor escuchastes que se alzaba  
Allá en el seno de la selva oscura,  
Dó en fúnebre ruina se encontraba  
    Envuelto en niebla impura,  
El monumento santo portentoso  
Que restauró tu espíritu animoso;  
Morada angelical en dó Marchena,  
De dulce certidumbre el alma llena,  
Al gran descubridor en su abandono  
Le ofreció su amistad y mostró el trono.

¡Oh cuánto padecer! ¡oh cuántos males  
Sufrió la resignada mansedumbre  
Del mas grande y feliz de los mortales!  
Nuncio de un bien futuro, á la alta cumbre  
De la inmortalidad llegó afanoso;  
Mas antes perseguido, pesaroso,  
De la ciencia falaz oyó delirios;  
Dó quier se escarnecieron sus deseos;  
    Y en crueles martirios  
Presenció de Granada los trofeos.

Brilló el hermoso día y deseado  
En que Isabel en su constante anhelo,  
De Colon despreciado

Comprendió la doctrina;  
Y con activo celo  
Protegió su proyecto contrastado,  
Su causa peregrina;  
Y á la mansion voló de su esperanza  
El ilustre Colon airoso y puro;  
Con ánimo seguro  
Respiraba placer y confianza.

Marchena sus esfuerzos secundaba,  
Su constancia, su fé, su ardor activo;  
Y por dó quier mostraba  
Aquel anuncio indeclinable y vivo:  
Bendijo el cielo la mision divina,  
Y la régia bandera  
Tremoló en la benéfica ribera  
Que acariciaba la onda cristalina;  
A su esfuerzo se unieron animosos  
Ufanos y ardorosos,  
Sanchez, Ruiz, Roldan y los Pinzones,  
De firmes y resueltos corazones.

**El viaje.**

Diéronse al mar las afiladas quillas,  
Y sus tres carabelas

Del aire henchidas sus tendidas velas  
Dejaron las orillas,  
Resbalando con ráudo movimiento  
Por aquel vago y fúlgido elemento.

---

Mas de contraria suerte los amagos  
A la turba inconstante dominaban,  
Y cuando ya en las aguas se engolfaban  
Perdiendo de la patria los halagos,  
Pálida incertidumbre renacia  
Y en misera zozobra los tenia.

---

Miedo, consternacion, terror y susto,  
Al ánimo causaba  
Cuanto se presentaba,  
Y á su eterna inquietud heria adusto;  
De Tenerife el encumbrado monte  
Voluminosas llamas arrojando  
Humo denso lanzando,  
El espacio envolvian y horizonte;  
Y el triste mareante pesaroso  
Lo observaba angustiado y silencioso.

---



Una manga de fuego descendía  
Sobre la mar que reflejaba airada,  
Y el fiero meteoro se perdía  
Entre la bruma alzada;  
Los trópicos ardían luminosos  
Con círculos de fuego, que en la esfera  
Desgarraban la nube pasagera,  
Con violentos tronidos y espantosos.

---

Volaba el tiempo: trascurrir se vieron  
En tan triste afanar horas sin cuento;  
Señales de fortuna aparecieron,  
Que desvanece el piélago cruento;  
Mas Dios omnipotente  
Su designio cumplió grande y sapiente.

**El descubrimiento.**

---

Tras un día de azar ó confianza  
Tendió la noche su tupido velo,  
Y al terminar el día, que no alcanza  
A llenar el continuo y justo anhelo  
Del insigne piloto y su esperanza,  
Envuelto en sombras el altivo cielo,  
Agitado, impaciente se encontraba  
En el inmenso espacio que surcaba.

Sobre la altiva popa colocado  
De su ligera y libre caravela,  
Observaba Colon estasiado  
La expansion tenebrosa, y mientras vuela,  
Por aquel lago hundoso encapotado,  
Que solo asombro ó estupor revela,  
Elevaba su espíritu anhelante  
En su resolucion firme y constante.

Cuando una luz ¡extraña maravilla!  
Una luz misteriosa, clara, bella,  
En el lejano abismo luce y brilla,  
Como un astro fulgente ó una estrella  
Que anuncia ó muestra una verdad sencilla;  
Luz apacible que proclama y sella  
El triunfo, el vencimiento, la ventura  
Que al mortal animoso le asegura.

Llamó á Pedro Gutierrez presuroso,  
Y llena el alma de fervor divino  
Y el corazon latíéndole ardoroso,  
Le mostró aquel objeto peregrino;  
Aquella luz que contempló gozoso:  
Y el diestro nauta en su mirar contino

Esclamó: «Es una luz: luz precursora:  
«Luz celestial: bendita y protectora.»

Despejó el horizonte: la alma aurora  
Bañó de claridad que reflejaba  
El mar hundoso, que Colon esplora;  
Cuando ¡oh placer! atónito observaba  
Una arenosa playa que colora  
El sol que con sus rayos la alumbraba:  
¡Qué entusiasmo, qué númen delirante  
Podrá pintar su sensación triunfante?

Tierra se oyó clamar: tu gran teoría  
Cumplida se miró en aquel momento:  
Todo es admiracion, fausto, alegría:  
La Pinta atruena el ancho firmamento  
Con su estridente y fiera artillería,  
Con voces de entusiasmo y ardimiento,  
Celebrando con cántico armonioso,  
Al Supremo Creador grande y bondoso.

De gala el corazon y el cuerpo ornado  
Llegó Colon al punto apetecido;

Y por su altivo espíritu animado,  
Y la turba animosa conducido,  
Pisa el suelo precioso y deseado  
De aclamaciones santas precedido:  
Y su estandarte tremoló en la orilla  
Y un nuevo mundo engrandeció á Castilla.

**Conclusion.**

Tal fué el hecho, Señora, agosto, altivo;  
Que hoy se recuerda en ese monumento,  
En la Rábida en fin, trasunto vivo  
De aquel sublime y bélico ardimiento:  
Muestra Princesa augusta ese atractivo,  
Que en ti se observa como egregio ejemplo;  
Y oiga la España con amor profundo,  
Tu excelso nombre que celebre el mundo.

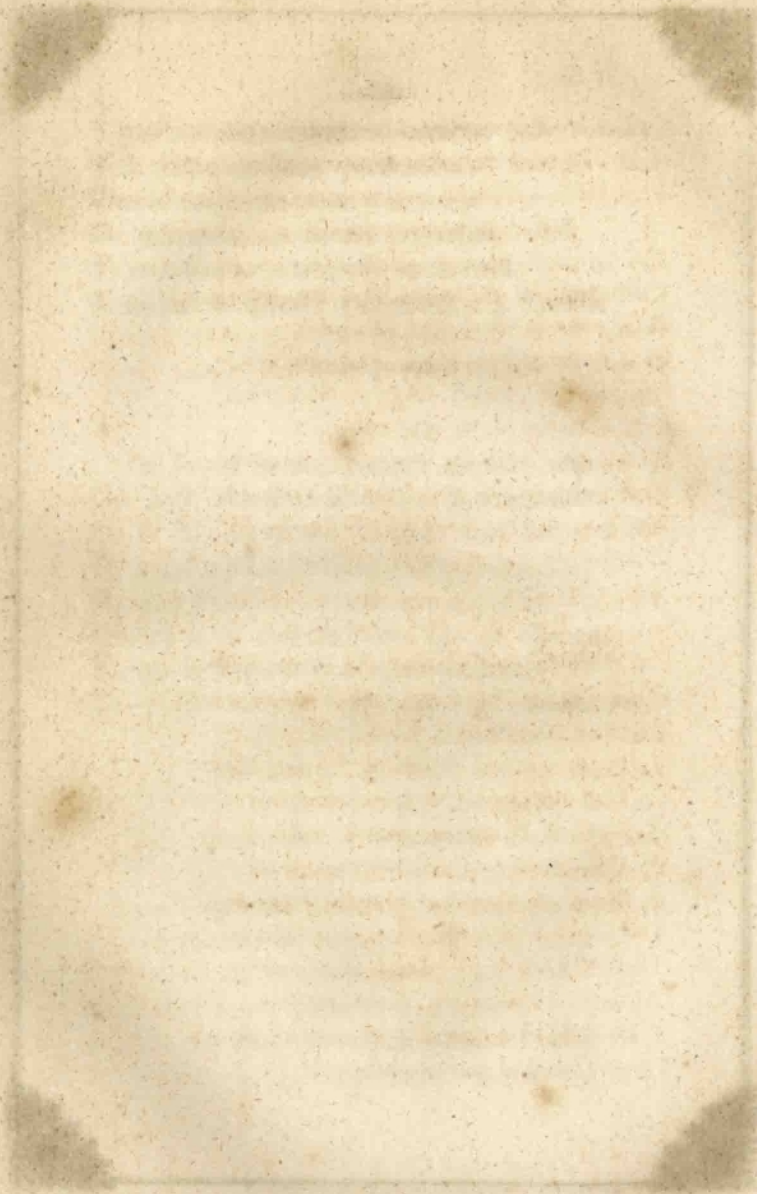


Y por su santo espíritu subido  
Y de turba ramos coronado,  
Pisa el suelo precioso y desato  
De oraciones santas purificado  
Y en el altar humilde en la orilla  
Y en el altar humilde en la orilla  
Y en el altar humilde en la orilla

Capítulo

Tal fue el hecho, tal fue el efecto, tal fue  
Que hoy se recuerda en ese momento  
En la gloria en la gloria en la gloria  
De que el mundo y el mundo se acordó  
Nuestro Príncipe, nuestro Príncipe  
Que en ti se abre el como ejemplo  
Y mira la España con amor no finto  
Te excelsa nombre que el mundo





















R36265